

lo inexplorado y hacerlo aparecer revestido con formas novísimas. Las selvas son azules. Entre las flores son preferibles las más extrañas; entre las aves, las más lúgubres; entre los aromas, los más penetrantes; entre las mujeres, las más nerviosas; entre los vicios, los más precoces.

Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé, dos *parnassiens* de indudable mérito, seducidos por el ansia de la novedad se inspiraron en las exageraciones que, al ser aplaudidas é imitadas, dieron origen al grupo de los *decadents*. Hoy sus discípulos abundan. Jean Moréas, el autor de *Syrtes*, Laurent Tailhadé, el poeta del *Jardin des Rêves*, Charles Vignier y Charles Morice son los de nombre más sonado. Negarles mérito en absoluto, fuera gran error. No sólo á veces aciertan, sino que, por lo general, es la factura de sus versos irreprochable. ¿Triunfarán? ¿Porque el público se convenza, ó porque el público los enmiende? Todo eso es ya muy difícil para dicho.

Y aun hay otro grupo, al que antes no cité porque no está constituido en un todo ni reviste en absoluto carácter poético. Hablo de los redactores de *La Revue Independent*, porta-estandarte del naturalismo.

Cierto día, uno de los más tristes de aquel tiempo calamitoso en que los primeros *parnassiens* vivían juntos en las desabrégadas y lóbregas habitaciones

del famoso *Hôtel du dragon bleu*, Catulle Mendès, que, formando ya en el número de aquellos, pertenecía al de los poco medrados huéspedes de aquella lúgubre mansión, fué sorprendido por una extraña visita. Era una tarde en la que, según la feliz expresión de Mendès, «había *spleen* en el aire.» Y continúa él mismo: «Mi puerta—dice—se abrió sin que hubieran llamado, y ví entrar á un poeta húngaro, llamado Manuel Glasser, á quien había conocido cinco ó seis meses antes, en un viaje en el ducado de Baden, en las orillas del Neckar, una noche de verano.» (Es de advertir, con objeto de que se compaginen las existencias de miserable *bohème* y de afortunado *touriste* en que sucesivamente se nos aparece Mendès, que hacía muy poco aún, por los tiempos á los que ahora se refiere, que los malos ojos con que su familia miraba sus aficiones poéticas, proponiéndose hacerle disuadir de su aspiración, y su voluntad inquebrantable en contra de tal empeño, habían ocasionado una escisión violenta, por cuyo motivo, de la noche á la mañana, pasó nuestro inflexible joven de la regalada existencia que á los suyos concedía la fortuna á los disgustos y miserias de la más desordenada y azarosa vida). Y añade luego: «Detrás del poeta húngaro apareció un joven al que no había visto nunca. Era muy joven, bastante delgado, pálido, con aire fino y ojos tímidos, que miraban á su alrededor. Iba vestido con un traje estrecho, nuevo, y muy

limpio; tenía apariencia de ser un empleado en algún comercio ó en las oficinas de cualquier Ministerio, y á la vez la elegancia de sus facciones, la gracia irónica de su sonrisa, yo no sé qué de dulce, de un poco triste, de parisién en toda su actitud, hacía que se le distinguiera, invitaba á que se le atendiese. — Os presento á Mr. Francis Coppée, me dijo Manuel Glasser; un joven que ha leído vuestros versos. — Aunque me lisonjeaba mucho que mis versos hubieran sido leídos en un tiempo en que nadie los leía, confieso que estuve á punto de no acoger bien al recién llegado. Me disgustaba verme interrumpido en mis tristezas y sorprendido en mis miserias. Francis Coppée tampoco dejaba de mostrar algún disgusto. Miraba á su alrededor; la chimenea sin fuego, la única silla de donde acababa de levantarme, la cama estrecha de hierro desteñido, las viejas cortinas de tela rosa de algodón, la tristeza de los vidrios en los que la claridad era casi negra. Y después que miró todo aquello, todo aquel tedio, todo aquel fondo gris del cuadro, me dijo considerándome con melancolía: «¡Oh, señor, vive V. en un cuarto que da ganas de ahorcarse!» «Estas fueron las primeras palabras que le oí pronunciar á Francis Coppée.» No obstante una introducción tan agria como sincera, Mendès y Coppée llegaron á ser muy en breve amigos inseparables. Coppée ingresó en el círculo de los *parnassiens* y pronto se hizo lugar. En una de sus veladas

se dió á conocer como poeta al terminarse la encomiada lectura de un poema, *Les fleurs mortelles*, que había sido enviado bajo sobre y sin firma. No satisfecho sin embargo de sus obras, quemó en un solo día más de seis mil versos, y se consagró durante meses y meses, cariñosamente advertido y acompañado por Mendès, á una ímproba tarea de trabajos de corrección y estudios minuciosos de crítica. Entonces fué cuando escribió su poema *Le Jongleur* que figura en sus colecciones y en el que ya se revelaba como gran escritor el que había de ser más tarde, según las hermosas palabras de uno de sus biógrafos, «el poeta parisién, el poeta de las realidades, de las amargas discretas y de los suspiros ahogados, de las almas que tienen alguna vez su novela y nunca historia y cuyas lágrimas corren siempre en silencio.»

François Coppée, Francis Coppée (que tal es su verdadero nombre, como luego se verá) nació en París en un entresuelo de la *rue des Missions*, hoy *rue de l'Abbé Grégoire*, en su número 9, el año de 1842. De origen limpio y aun noble, su familia ocupaba una obscurísima posición. Su padre era un modesto empleado en el Ministerio de la Guerra, y su cortosuelo apenas bastaba para atender á las necesidades y obligaciones de su mujer y de tres hijas, mayores que Francis; tanto, que al nacer éste crecieron sus apuros y les fué preciso mudarse á la *rue Vanneau* y reducirse á un piso quinto. A los seis años Fran-

cis comenzó sus estudios en la *pensión Hortus*. Á fuerza de privaciones de la familia se fué logrando su instrucción. Después, como externo en el liceo *Saint Louis* no dejó muy buen nombre. Vivía entonces en la *rue Monsieur le Prince*. Era muy débil y muy soñador. A los doce años empieza á escribir sus primeras estrofas. La desgracia le persigue cada vez más. Una de sus hermanas muere, y poco después su padre le sigue á la tumba. El pobre Francis abandona sus estudios y entra con un mezquino empleo en las oficinas donde su padre trabajaba. El horizonte parecía ennegrecerse por días; dijérase que por momentos. Los deberes iban siendo cada vez más apremiantes para él y los suyos. Las privaciones cada vez más angustiosas. Y, sin embargo, les sostenía una fe y una esperanza muy grandes en el porvenir. No en vano en aquel hogar despertábanse las ilusiones de un verdadero poeta, consumido por la nostalgia de la gloria.

Era por aquellos días cuando Coppée fué recibido en el grupo casi formado ya de los que habían de llamarse con el tiempo *les parnassiens*. Entonces también cuando pareciéndole el nombre de Francis poca cosa y un sí es no es femenino, decidió por sí y ante sí Catulle Mendès llamarle por el de François, más vulgar ciertamente, pero sonoro y robusto, con el que desde luego se le conoce. Coppée tenía ventitrés años en aquel tiempo, cuando publicó su primer

libro: *Le Reliquaire*. Meses después le siguió el segundo, con el título de *Intimités*. La fortuna, aun no resuelta del todo á su favor, parecía, sin embargo, empezar á sonreírle. Y el gran triunfo se acercaba.

En otros días, como dice Claretie, cuando era un niño adelgazado por el ideal y por las ilusiones, que rimaba versos debajo de las goteras, nunca pudo imaginarse un triunfo igual. Merced á una feliz circunstancia, la empresa del teatro del Odeón le admitió una obra en un acto: *Le Passant*. El éxito fué tan grande, que en una sola noche consolidó la fama de Coppée. Mlle. Agar obtuvo aplausos inolvidables. Sarah Bernhardt se dió á conocer como actriz eminentísima.

Y, sin embargo, el recuerdo imborrable de aquel triunfo ha servido á veces para lastimar el amor propio del poeta. *Le Passant* fué término constante de comparación con la mayoría de sus obras posteriores. Para los enemigos de Coppée *Le Passant* era en todos los casos, y sin género alguno de duda, incomparablemente superior. Por fin, el éxito indiscutible de su gran drama *Severo Torelli* se impuso á tantas perversas voluntades. Coppée ha dicho á este propósito: «Pobre *petit Passant*, dulce inspiración de una hora hermosísima de mis veinticinco años, perdóname los minutos de impaciencia y de mal humor que me ha producido á menudo tu nombre pronunciado con la intención de hacerme despreciar mis

nuevas creaciones. Tú no has dejado por eso de ser el hijo de mi juventud más amado, el sueño de ideal y de amor del que no se disfruta sino una vez en la vida; y jamás he olvidado, cantor gentil de una hermosa noche de luna, que te debo el primer premio como poeta, aquella rama de laurel que hizo llorar de alegría á mi anciana madre y que supo infundirme para siempre el valor y la esperanza.»

Desde aquel primer éxito caminó Coppée de triunfo en triunfo. Hoy, ya lo he dicho, se encuentra en el apogeo de su gloria. La cinta encarnada de la Legión de Honor luce en su pecho. Es bibliotecario del Teatro Francés, y ocupa en la Academia el sillón que dejó vacante Víctor de Laprade. *Severo Torelli* le abrió las puertas del glorioso Instituto. La lista de sus obras no es breve. Héla aquí: Poesía. *Prémières poésies* (*Le Reliquaire*, *Les Intimités*, etc.), *Poèmes modernes*, *La bénédiction*, *La grève des forgerons*, *Lettre d'un mobile breton*, *Plus de sang!* *Les Humbles*, *Le Cahier rouge*, *Olivier*, *Le naufragé*, *Les recits et les elegies*, *Promenades et intérieurs*, *La veillée*, *La marchand de journaux*, *La bataille d'Hernani*, *La maison de Molière*, *L'Epave*, *Contes en vers et poésies diverses*, *L'enfant de la balle*, *Pour le drapeau*, *Aux bourgeois d'Amsterdam*, *L'amiral Courbet* y *Résurrection*. Teatro. *Le Passant*, *Deux douleurs*, *Fais ce que dois*, *L'Abandonnée*, *Les bijoux de la délivrance*, *Le rendez-vous*, *Prologue*

d'ouverture pour les matinées littéraires de la Gaîté, *Le luthier de Crémone*, *La Guerre de Cent ans* (en colaboración con Armand d'Artois), *Le trésor*, *La Korrigane* (en colaboración con L. de Mérante), *Madame de Maintenon*, *Severo Torelli*, *Les Jacobites* y *Maitre Ambros* (ópera cómica, escrita en colaboración con su discípulo favorito A. Dorchain. La música es del maestro Widor). Prosa. *Une idylle pendant le siège*, *Contes en prose* y *Vingt contes nouveaux*. Casi á la vez que este libro, por último, según mis noticias, verá luz una nueva colección de versos de Coppée. Se titula *Arrière saison*.

Para conocer detalles preciosos de la vida, curiosa por más de un concepto, del cantor de *Les Humbles*, hay una fuente de hermosísimos datos: las conferencias que sobre sí mismo dió Coppée, no ha mucho, en la célebre sala del *Boulevard des Capucines*. Hablar de sí propio sin alarde alguno de vanidad ni falsa modestia, y hablar de tal modo un literato, ya es difícil. Coppée lo ha conseguido. Con qué suma de arte y de ingenio, yo no sabría decirlo bien. Recuerdos conmovedores de los trabajos y luchas de su vida se encuentran además en su poema *Olivier*.

Olivier es Coppée.

Lo poète Olivier, cet être chimérique qui, tout en racontant son beau rêve féerique, a trouvé le moyen de charmer quelquefois ce temps d'opéra bouffe et de drame bourgeois.....

Y tiempo es ya de que hable exclusivamente de sus obras. La poesía de Coppée, dice uno de sus críticos (y copio estas líneas porque ofrecen una síntesis acabada), «es una poesía muy moderna, de una intensidad de sensaciones completamente particular, palpitante de emoción, reconcentrada, parisién por los recuerdos, las enervaciones y la gracia sufrida é irresistible. La musa encantadora de Coppée es prima de la musa triste de Sainte-Beuve; pero con su fina mano de *parisienne*, ha tocado la gran espada de Hugo; de este contacto conserva un raro vigor que añade precio á su nerviosidad exquisita. Por lo demás, en sus *Intimités* Coppée ha dado una nota especial. Allí las ternuras, los estremecimientos, los aromas, las reconcentraciones y complicaciones de la pasión moderna ó del *amour-goût* contemporáneo están analizados en una lengua de una simplicidad sabrosa y sabia. Allí se muestra Coppée en yo no sé qué aspecto de profundamente sentido, apasionado y doloroso, sincero y real; parisién enamorado y poeta de París, con murallas grises para dar marco á sus idilios y con días de nieve para despertar su neurósis; verdadero poeta moderno, contemporáneo, sensible, expresando con una claridad decisiva, llena de conmovedores *dessous*, las realidades cotidianas.»

Ese es el poeta.

Ya profetizando sus triunfos, dijo de él, en 1858, Théophile Gautier, en su *Rapport sur les progrès de la*

poésie, publicado bajo los auspicios del Ministerio de Instrucción Pública: «François Coppée es el autor de un libro de versos encantadores: *Le Reliquaire*, que promete y que vale.»

Todo gran artista debe señalar sus obras con el sello de su carácter, ¿quién lo duda? La historia lo demuestra. Pero ¿debe reducir sus inspiraciones al círculo, siempre estrecho, de su exclusiva personalidad? No. Lo que fué tan sólo representación de un hombre, no cesa de exponerse al riesgo de morir con él. No se explica de otra manera que Lamartine, que gozó un tiempo de tan gloriosa popularidad, haya sufrido un cambio tan grande en la estimación de las gentes. «La poesía—ha dicho uno de los *parnassiens*—es una caridad suprema que los espíritus hacen á los pueblos; la poesía bien ordenada empieza por los demás.»

Como en la de Lamartine, en la obra poética de Coppée domina su propio, su peculiar subjetivismo, pero á la vez se ensalzan, se compadecen, se curan, se muestran los deseos y las pasiones de los demás. Coppée, como alguien ha dicho de Víctor Hugo, es un hombre en quien vive el hombre. Por eso goza de tan creciente fama. Por eso, porque siente y canta los dolores, y porque interpreta la angustiada aspiración de la sociedad en que vive como ningún otro, sin duda es el primero de los poetas líricos.

franceses contemporáneos. La vida moderna se caracteriza, más que la de otros tiempos, por esa inmensa lucha en que cada hombre á su vez y todos juntos se empeñan; eso que los ingleses designan con su famosa frase: *struggle for life*. Las inspiraciones cambian con el correr de los siglos. Homero cantó las hazañas de los dioses y los héroes; Horacio las esplendideces y los excesos de la orgía romana; Ariosto los trances y aventuras de los andantes caballeros, lanza en ristre; Ercilla las de nuestros valerosos conquistadores.

Hoy todo es diferente. Yo no diré que es un mal síntoma, pero indudablemente la reconcentración de pensamientos que hoy se observa acrece el número de los egoísmos; y tómese la palabra en su acepción menos desfavorable. Nos impresionan los dramas que salen al exterior, pero tanto ó más nos conmueven los íntimos, los que se adivinan, los que cada cual sufre. Hoy, en el seno del hogar honrado, allí donde se escuchan todos los ayes del mundo y donde se padecen todas sus miserias y todas sus dudas, las abnegaciones, las grandes y ocultas abnegaciones se multiplican y son por momentos más que cuantas vieran Troya y sus muros. La humanidad es sierva de un fatalismo invencible. A menudo lo temió. Hoy más que nunca lo sufre, y es que lo reconoce y lo experimenta. La ley del contraste separa eternamente á los vencedores de los vencidos. En vano quie

el pensamiento sacudir tan humillante yugo. Todas las soluciones son aparentes, porque tan sólo consiguen cambiar los términos del problema; no lo resuelven. Los humillados triunfarán, y en seguida gemirán los nuevos vencidos. ¡Los vencidos! ¿Hay nada más conmovedor que su historia? Víctor Hugo los llamó los miserables; Coppée les llama los humildes. ¡De qué admirable manera ha sorprendido Coppée la inmensa poesía, la dolorosa poesía de este gran drama contemporáneo, tan sencillo, tan sincero, tan aterrador! Y no, como Sully Prudhomme, reduce sus inspiraciones á fórmulas abstractas. Coppée se dirige al hecho brutal, y le descubre en su espantosa desnudez. Más que todas las bellísimas divagaciones del poema *La Justice*, convence el espantoso relato de *La grève des forgerons*. Yo no sé decir cuán profundamente me admira tan hermosa comprensión de una de las fases del gran espíritu de la poesía moderna, y en este sentido cuán grande es mi entusiasmo por François Coppée.

«Ama y canta—como dice Claretie— á los pequeños, á los tímidos, á los desolados, á los que arrastran sin ruido y obscuramente las más pesadas cadenas, á los parias de nuestra sociedad dichosa y sonriente, á esos pobres diablos cuya carne no parece hecha sino para suministrar *humus* al suelo en que se abren las flores que recogen los otros; y ya sean estos humildes un pobre quinto arrancado al país na-

tal por el gran deber, ó un niño raquíptico condenado á las exhibiciones de la escena; un deportado, un *outlaw* que vuelve á encontrarse francés cuando la bandera está en peligro, ó una pobre vendedora de periódicos, ó hasta un tenderillo de comestibles — el tendero de comestibles ya burlado, y sin embargo hecho célebre por Balzac — que sueña, rompiendo en terrones su azúcar, Coppée tiene para cada uno de ellos su piedad y su ternura. Se emociona en la vida, y también en esa otra vida castigada, el viaje, ante todo heroísmo y toda abnegación: Walhubert en Avranches, ó Cambronne en Nantes. En Bretaña, si Santa Ana d'Auray y Carnac son para él, como para mí, dos decepciones, el país de Brizeux le gusta porque allí encuentra á los pescadores, «esas buenas figuras de lobos de mar, verdaderos jamones cocidos por el sol y salados por el viento de mar adentro.» ¡Los marinos! F. Coppée los ha saludado á menudo, en verso y en prosa, no solamente por sus horas de sacrificio como en *L'Epave*, sino también en sus horas de labor cotidiana, consagrados á cuidar su buque. «Este, que está en su puesto para barrer — dice — es — »ará también en su puesto para combatir, y quien »no tenga miedo de una nube de polvo no retrocederá delante del humo de un cañonazo.» Con todo así, Coppée ha visto la grandeza de los destinos humanos en la humildad conmovedora, y su obra es la glorificación de los oscuros y de los sencillos de cora-

zón. No conozco mejor manera de emplear el talento que dejar venir á uno á los pequeños para coronarlos »

Este es el gran carácter de Coppée, considerado como poeta lírico; de donde nacen sus mayores méritos, según mi pobre entender. Su voz es siempre la voz de la misericordia. Los espíritus honrados le mirarán siempre también, ya que no con admiración, á lo menos con simpatía. ¡Y de qué modo tan conmovedor canta los dolores que compadece! Léanse los versos que en seguida copio. Ellos dan evidencia. Y ¡con qué arte maravilloso de ingenio van enlazándose las palabras dolientes, de manera que sus sonidos parecen como si fueran sollozos!

REVERIE.

Au sortir du lit de dentelle,
Les cheveux enmêlés encor,
Ce matin, à quoi rêve-t-elle
Dans le vieux fauteil gaufré d'or?

Sur sa poitrine sa main fine
Se pose d'un geste distrait.
Hélas! est-ce qu'elle y devine
Le lent travail d'un mal secret?

Car c'est un matin de novembre,
Et sous le velours onduleux
De la longue robe de chambre
Son frêle corps est tout frileux.

On dirait presque qu'elle tremble ;
Ce cher visage est amaigri,
Et cette bouche exquise semble
Avoir plus toussé que souri.

Serait-il si cruel, le rêve
De l'enfant pensive aux yeux las ?
Songe-t-elle qu'elle est bien brève
La claire saison des lilas ?

Pauvre mignone ! Songe-t-elle
Que l'automne vient de finir,
Qu'il fait froid et que l'hirondelle
Sera bien lente à revenir ?

Como poeta lírico ofrece además Coppée otros dos aspectos dignos de consideración: como patriota y como enamorado.

(Y conste que comprendo en la obra lírica todos los poemas sin excepción que Coppée ha escrito. El poema, tal como hoy se concibe y se publica, ofreciendo exacta imagen de la manera de sentir del autor generalmente, naciendo al choque del mundo exterior y el pensamiento que lo examina, sólo puede ser así clasificado).

Como Paul Deroulède, el autor de *Le Reliquaire* luchó con las armas en la mano por la honra nacional herida en la hecatombe de 1870. Sus dos poemas *Plus de sang!* y *Lettre d'un mobile breton* son dos cuadros sombríos que traen á la memoria los horrores del año terrible, mirados á través del vapor de la sangre y de la niebla de las lágrimas.

Algo dije ya antes de Coppée como poeta del amor. Poco tengo que añadir. Sus cantos son generalmente dulces y melancólicos. En *Les Intimités*, *Le Cahier rouge* y *Promenades et intérieurs* se leen estrofas que resisten las más arriesgadas comparaciones.

En el corazón del poeta hay una herida no cicatrizada. En sus versos habla un desengaño muy triste, pero que se resigna y que perdona. En su poesía *Pour une fiancée* se escapa un sollozo, por el que se adivinan la pena y la resignación. Oigámosle para admirarlas. No tiene la poesía más defecto que el de ser muy breve. Dice así:

Elle était blonde comme vous,
Celle dont les yeux fins et doux
Me laisserent l'ame blessée.
Pourtant mon cœur n'est pas jaloux
De vos bonheurs de fiancée.

Honte à ceux qu'aigrít la douleur !
Je n'ai rien d'elle qu'une fleur ;
Mais, quand un couple d'amants passe,
Je dis au bon Dieu : Rendez-leur
En félicité ma disgrâce.

Bien qu'il soit de vous séparé
Votre ami se sent désiré ;
Il est triste comme vous l'êtes,
Moi, j'ignore s'ils ont pleuré,
Les charmants yeux de violettes.

Qu'on vous aime comme j'aimais,
C'est le vœu que je me permets,

Le secret que je vous confie,
 J'ai de la peine pour jamais;
 Soyez heureuse pour la vie!

En el teatro, después del ruidoso triunfo de *Le Passant*, Coppée ha conseguido varios éxitos. El mayor lo obtuvo con su drama en cinco actos y en verso titulado *Severo Torelli*, que se estrenó en el Odeón la noche del 21 de Noviembre de 1883. Con gusto haría una larga nota sobre este drama, uno de los más hermosos que se han escrito en todo tiempo, si no temiera alargar demasiado estos renglones. Básteme decir que en él, como en casi todas las obras dramáticas de su autor, se distingue una preferencia marcadísima por los estudios y reproducciones de carácter histórico.

En prosa tiene Coppée una interesante novela con el título de *Un idylle pendant le siège* y una colección de cuentos encantadores, que en mayor parte vieron luz en las columnas de *Le Figaro*. Después se publicaron en tomo.

También ha escrito durante algunos años el folletín de crítica del periódico *La Patrie*.

La forma es siempre superior al fondo, si es posible, en cuanto sale de la pluma de Coppée. Es en verdad sorprendente, según la exacta expresión de Jules Lemaitre, uno de los críticos que mejor han comprendido y alabado á nuestro poeta. Posee un dominio absoluto de la lengua, según atestigua la

opinión de las mejores autoridades franceses en juicios literarios y la Academia, que en tres distintas ocasiones ha premiado sus obras, y que por último le ha llamado á su seno, como dicho queda. Sus versos, hermosísimos siempre, son rotundos, irrepugnables, cincelados, en fin, como hoy se dice en España de los del gran Núñez de Arce. Es muy buen lector.

Su editor de ahora y de siempre es Alphonse Lemerre.

Debo abreviar mucho en lo que me resta por decir, si ha de cumplirse la palabra que en un principio empené.

Algunas gentes, Zola entre ellas, han pretendido clasificar á Coppée como poeta naturalista, con sujeción á todos los cánones y dogmas de la flamante escuela del apostol de Medán. No voy á detenerme ahora contestando semejante pretensión. Consignaré tan sólo que el poeta de *Les Humbles* la ha rechazado terminantemente.

¿Figura Coppée en la política? ¿Lo ha pretendido? ¿Lo pretenderá? Él ha asegurado á este propósito lo siguiente: «La política es una ciencia poco exacta; pero una ciencia, en fin, para la que, aun más que para las otras, no me siento con ninguna aptitud. Tengo la modestia, más rara de lo que parece en los tiempos que corren, de considerarme comple-

29853

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. DE TEXAS

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tamente incapaz de legislar ó de mezclarme en asuntos de gobierno; soy poeta y nada más; trato de hacer versos lo mejor posible, y todavía me parece que es la mejor manera que tengo de ser un ciudadano bueno y útil.»

Coppée idolatra á París con dos amores: con el de parisién y con el de poeta.

Él lo ha proclamado en *Ollivier*.

¡Car revoir son pays, c'est revoir sa jeunesse!

Conozco muy pocas traducciones de las poesías de Coppée en castellano: dos ó tres, primorosamente escritas por D. Cayetano de Alvear. Me dicen que el actor Catalina, muerto hace poco, dejó varias entre sus papeles, pero no he tenido ocasión de verlas. Imitaciones de sus obras he leído algunas: un hermoso poema de nuestro gran novelista Don Juan Valera, publicado en *La Ilustración Española y Americana*; otros del Sr. D. Ramiro Blanco, si no me es infiel la memoria, que vieron luz en las columnas del *Madrid Cómico*, y un monólogo: *El dedal de plata*, escrito por D. Manuel Reina en brillantes versos, que se estrenó con mucho aplauso en el teatro *Español* de Madrid, hace dos años. No conozco más.

En la *rue Oudinot*, en uno de los barrios más pacíficos de París, hay un precioso *hôtel* rodeado por

un jardín pequeño. En sus enarenadas veredas paseáase á menudo un hombre de regular estatura, rostro meditabundo, frente despejadísima, ojos vivos y sin pelo de barba. Es Coppée. De la casa y de las flores cuidan la vigilancia y el cariño de una mujer ejemplar. Es la hermana del poeta, Annete de nombre, la mayor, que no le ha abandonado ni un instante.

Allí viven los dos tan solo. Allí vive el cantor de *Le Passant*, ni envidioso, ni envidiado.... casi.

«Lo que me gusta más en él, dice uno de sus más entusiastas amigos, es que el ruido que hace lo hace con sus obras. Oculta con gusto su vida. Cultiva su jardincillo, como quería Cándido, y deja pasar á las gentes amigas del estrépito, á las que van arrastradas por el paroxismo y por la exasperación con su sonrisa de otros tiempos, que conserva constante, pero que con la edad se vuelve un poco astuta, *et voilà tout*.»

Et voilà tout!

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW.

Octubre 1886.

